

ME ACUERDO DE ENCERRARSE EN UNA LIBRERÍA PARA IMAGINAR SECCIONES

Anna Pahissa

Responsable de Múltiplos, librería en Barcelona especializada en publicaciones de artista
info@multiplosbooks.org

REMEMBERING 'ENCERRARSE EN UNA LIBRERÍA PARA IMAGINAR SECCIONES'

ABSTRACT: The author presents in this text an experience that took place within the program 'Todo lo que me gusta es ilegal, inmoral o engorda'. Organizers invite an artist to share with the audience some aspects of his/her working processes. 'Encerrarse en una librería para imaginar secciones' took place in Múltiplos bookstore, owned by the author, consisting of a series of working sessions focused on books and book classification systems.

In this context, we witness a first-person story about the experience of getting locked for three days in a bookstore, with two objectives: reading all the books and building a classification that would result in a bookstore with new sections. An experiment without script, that was developed during a weekend.

After carrying out this project, the author confronts the fragility of any classification system, because they are arbitrary, relative and changing. A fragility that is solid in its potential but produces subjectivity. From the same collection of books, multiple bookstores and perhaps infinite sections could be created. Beyond pragmatic and aesthetic connotations, the experience shows how any classification can be an excuse to articulate thought, so necessary as writing is.

KEYWORDS: Books, taxonomies, classification, subjectivity

RESUMEN: La autora presenta en este texto la experiencia que lleva a cabo dentro del programa *Todo lo que me gusta es ilegal, inmoral o engorda*, en el que los organizadores invitan a un artista a compartir con el público asistente aspectos relacionados con sus procesos de trabajo. *Encerrarse en una librería para imaginar secciones*, que tuvo lugar en la librería Múltiplos -que dirige la autora-, se concretó en una serie de sesiones de trabajo enfocadas al tema de los libros y sus sistemas de clasificación.

En este marco de reflexión, asistimos al relato, contado en primera persona, de la experiencia de encerrarse durante tres días en la librería Múltiplos con dos objetivos: leer todos los libros, y construir una clasificación que diera lugar a una librería con secciones. Un experimento que carecía de guión, y cuya formalización se concretaría en el transcurso de ese fin de semana.

Tras llevar a cabo ese proyecto, la autora se enfrenta a la fragilidad de todo sistema de clasificación, por arbitrario, relativo y cambiante. Una fragilidad que es a la vez tan sólida en su potencial como productora de subjetividad. A partir de una misma colección de libros se pueden generar múltiples y quizás infinitas librerías con secciones. Y, más allá de sus connotaciones pragmáticas e incluso estéticas, la experiencia hará ver cómo cualquier clasificación puede ser, sobre todo, una excusa para articular el pensamiento, tan necesaria como lo es la escritura.

PALABRAS CLAVE: Libros, taxonomías, clasificación, subjetividad



Hace unos meses Ariadna e Iñaki del colectivo nyamnyam¹ me propusieron participar en su programa *Todo lo que me gusta es ilegal, inmoral o engorda*, en el que invitan a un artista a compartir con el público aspectos relacionados con sus procesos de trabajo, y a formalizar los contenidos como considere. Esto ocurre durante cuatro sesiones en el transcurso de un mes, cada jueves a la hora de la comida.

Yo fui la chica del mes de junio.

Mi reacción ante tal invitación fue de sorpresa, pues hasta entonces los invitados habían sido artistas, y yo no lo soy. Ya entonces me encontré con el conflicto que nos ocupa, el de las clasificaciones.

Yo trabajo con libros.

Los compro, los vendo, los organizo, los clasifico, los ordeno, los exhibo, los hago circular, los comunico.

Los toco, los miro, los huelo, los sostengo, los transporto, los peso, los envuelvo, los recibo, los envío.

Y los leo. Soy librera.

Así iniciaba el *statement* de mi propuesta, para la que versioné el título del programa como *Todo lo que me gusta es animal, interlineal o provoca indie-gestión*.

Me centraré aquí en la cuarta y última de las sesiones, *Encerrarse en una librería para imaginar secciones*, que tuvo lugar en mi librería a diferencia del resto de sesiones que se habían desarrollado en el espacio de nyamnyam.

A la hora de plantear mi propuesta me acogí a algo que Ariadna e Iñaki me dijeron en alguna de nuestras conversa-

ciones: «*Todo lo que me gusta...* está pensado como un espacio de libertad para que podáis trabajar con ideas que os interesan respecto a vuestro trabajo y que no hayáis podido compartir antes. Un tiempo de experimentación en el que exponerse a la duda, a la falta de control sobre lo que acontezca, y a la posibilidad de que aparezca el fracaso como oportunidad para generar nuevas perspectivas sobre el trabajo de uno».

Bajo estas coordenadas, decidí enfocar mi propuesta hacia un tema que me ha interesado en especial desde que los libros son el material con el que trabajo. Me refiero a su clasificación.

Es éste un campo por el que me siento muy atraída y que he ido explorando en gran parte desde la ficción, a través del conocimiento y consumo de proyectos de arte y de obras literarias, que me han llevado a la vez al terreno del ensayo con la lectura de diversos estudios sobre el tema.

En este sentido, me resulta fundamental referirme a autores que con su obra han construido parábolas sobre los esfuerzos de la mente humana para imponer un orden arbitrario del mundo. En esta línea sería imperdonable no citar la obra de Georges Perec en libros como *Las cosas*, *Especies de espacios*, *Tentativa de agotar un lugar parisino*, *Me acuerdo*, *La vida instrucciones de uso*, o *El gabinete de un aficionado*, el autor disecciona el entorno ficcional para describirlo a través de listas y clasificaciones subjetivas. Un imaginario construido en base a unas reglas de clasificación personales y, por tanto, alternativas a taxonomías ortodoxas. En esta línea, podemos citar también la producción de autores como Aby Warburg, André Malraux, Mallarmé,

¹ nyamnyam es un proyecto que relaciona las diversas formas del arte y la comida -como elemento vehicular- para crear situaciones que ayudan a dinamizar y generar nuevas formas de relación en el tejido social. Haciendo uso de herramientas propias del arte visual, el proyecto promueve la creación, reflexión, intercambio de conocimiento y cultura, creando estrategias de participación para responder a la necesidad de generar diálogo.



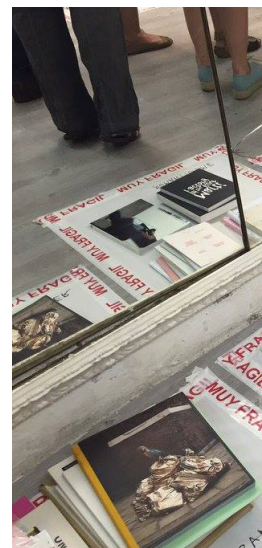
Gustave Flaubert, Alain Resnais, Jorge Luis Borges, Duchamp, Joyce, Walter Benjamin, Alberto Manguel, miembros de la Patafísica o trabajos de artistas actuales.

Si entramos en el terreno del libro, no hay ningún otro espacio en el que la clasificación y catalogación del material sea tan relevante –y necesaria– como en las bibliotecas y archivos. Estos se convierten en espacios que recogen memorias objetivas basadas en principios racionales de organización, que se manifiestan en un orden históricamente rígido y derivado de temáticas, números y secuencias alfabéticas. Al respecto, existe todo un campo de investigación que a la vez ha derivado en propuestas que, tanto desde la misma biblioteca como a través de creaciones desde el arte, han reformulado el concepto de orden y provocado así accesos alternativos a la localización y lectura de los libros.

En esta línea es interesante el caso de la Prelinger Library, en San Francisco, que no obedece a los sistemas de clasificación tradicionales y conocidos como el Dewey Decimal System o el Library of Congress Classification, entre otros, sino que su catálogo está organizado de tal forma que ofrece al usuario la posi-

bilidad de perderse a modo de *flâneur* entre miles de referencias bibliográficas y así encontrar libros de forma accidental. Una colección de libros organizada por un principio de serendipia, y en la que el usuario se mueve como aquél que explora su medio natural.

Otro espacio sensible a la clasificación de los libros es el de las librerías. Sin embargo, es inevitable relacionar el orden de su material con razones vinculadas al mercado. El librero debe facilitar la localización de los libros al lector-cliente, proporcionarle un acceso fácil a su campo de interés, y dar lugar así a la posibilidad de una venta. Para ello, se establecen nomenclaturas tan claras y clásicas como «Historia», «Filosofía», «Literatura» o «Arte». O «Teoría del arte», «Performance», «Pintura», «Fotografía», «Monográficos de autores» o «Revistas» si nos referimos a librerías especializadas, por ejemplo, en arte. Se trata de un planteamiento tan lógico como el de las bibliotecas, pero que por el contrario no ha dado tantos frutos respecto a trabajos de investigación y experimentación al respecto, ni desde el plano teórico, ni desde el de la práctica. Es en este vacío donde se sitúa mi propuesta, que he podido permitirme desarrollar por la naturaleza de mi librería: auto-gestionada y de dimen-



siones reducidas tanto espacialmente como en cuanto a su catálogo.

A diferencia de la mayoría de las librerías que conozco, mi librería nunca ha tenido secciones. Por tanto, así como en estas librerías los lectores-clientes se dirigen a la sección adecuada para seleccionar el libro que les interesa, mi librería se ha planteado siempre como un sistema en el que el lector-cliente se pierde en una constelación caótica de lenguajes, temáticas, narrativas, estéticas, geografías y temporalidades distintas. El único elemento en común, y que de alguna forma impone un orden, es que el material a la venta son trabajos de artistas formalizados en el soporte del libro u otros materiales impresos –a lo que llamamos «publicaciones de artista»-. Como deriva, encontramos también un buen número de libros de referencia sobre la práctica editorial en el ámbito del arte, y algún libro teórico vinculado a ciertos discursos del arte por los que me siento especialmente interesada.

A veces, en silencio, he curado pequeñas secciones estableciendo conexiones entre algunos de los libros, con un criterio parecido al que establecía Aby Warburg con su principio de «la ley del buen

vecino» para su colección privada de libros, en base al cual la incorporación de un nuevo libro a una colección condiciona el resto, creando nuevas constelaciones, ideas y narrativas. En este sentido, como Warburg, he considerado siempre la división en géneros, tan habitual e incluso necesaria en bibliotecas y algunas librerías, como un obstáculo para el libre acceso del cliente-lector al catálogo de mi librería, y como una forma limitante y estigmatizadora del contenido de un catálogo de libros.

Estas intervenciones puntuales han sido realizadas de forma secreta, y respondiendo más a un juego caprichoso por relacionar libros entre sí de forma temporal, que de establecer conexiones que pudieran derivar, en un futuro, a una posible clasificación definitiva.

Sin embargo, tras años y observación del comportamiento del lector-cliente, me he dado cuenta que mi idea de no condicionarlo por la ausencia de secciones es más una utopía que una realidad. En el momento de enfrentarse a una colección de publicaciones, el lector-cliente produce de forma automática una clasificación imaginaria que condiciona su selección, permitiendo la entrada del prejuicio y la imposibilidad



de exponerse a un hallazgo accidental. Un recuerdo al inconsciente óptico de Benjamin. Incluso no habiendo un rótulo que guíe la mirada del lector, éste lo construye en base a un criterio que a menudo puede ser tan simple como el causado por el efecto de una portada.

Es un público especializado que rápidamente identifica su objeto de interés, que puede venir dado por un lenguaje o medio determinado (fotografía, dibujo, performance, cómic, cine, vídeo, etc.), por la identificación de un/a artista cuyo trabajo conoce, por la atracción por un formato determinado (libro, póster, cassette, vinilo, revista, periódico, múltiple, etc.), por ciertos discursos teóricos fácilmente reconocibles en la portada o contraportada de los libros, o por la producción en geografías y temporalidades determinadas.

Entonces, ¿por qué permutar esa utopía si incluso no estableciendo clasificaciones el lector-cliente las produce, y por tanto limita igualmente esa posibilidad de provocar un interés por «lo otro»?

Probablemente la respuesta viene dada por mi incapacidad de comprometerme con clasificaciones definitivas al detectar múltiples e incluso infinitas relacio-

nes entre libros que conforman el catálogo. También por el hecho de haber trabajado sola durante bastante tiempo, sin haber tenido necesidad de articular ante nadie la justificación sobre la presencia de un libro en el catálogo de la librería. Y por último, por el placer que produce el encontrarse ante ese lector-cliente residual que, liberado de la constricción de su campo de intereses, selecciona un libro tras un rastreo curioso y rizomático.

En este marco de reflexión, y retomando la crónica del proyecto de nyamnyam, propuse un acción orientada a clasificar todos los libros del catálogo de la librería, intuyendo de antemano que el resultado final sería algo efímero. En realidad, este ejercicio suponía una excusa para poder cumplir el deseo de hacer algo que las tareas diarias de gestión de la librería no me permiten: leer.

Leer todos los libros que tengo en el catálogo. Algo que resulta incluso imposible en una librería con un catálogo reducido como es el caso. A menudo me veo obligada a leer los libros de forma superficial, más por la necesidad de poderlos comunicar y posibilitar una venta, que por profundizar en sus contenidos.

En este sentido, cito al bibliotecario de la novela *Un hombre sin atributos* de Robert Musil, quien declaraba que un buen bibliotecario debe limitar su lectura a los títulos e índices pues si lee los libros está perdido y pierde la perspectiva. En mi caso, es solo una cuestión de falta de tiempo.

Tomando ese ejercicio como una especie de auto-regalo, me encerré durante tres días en la librería, sin salir de ella, sin ningún tipo de conexión con el exterior, y con dos objetivos: leer todos los libros, y construir una clasificación que diera lugar a una librería con secciones. Un experimento que carecía de guión, y cuya formalización se concretaría en el transcurso de ese fin de semana.

El aspecto temporal era importante. Tres días. Un tiempo reducido que diera lugar a una experiencia intensa y obsesiva que me parecían interesantes como marco y motores de producción. En este sentido, se dieron algunas situaciones como la de despertarme en medio de la noche con cierta angustia en el altillo de la librería en el que dormía, y bajar solo para cambiar un libro de sección, y poder así conciliar de nuevo el sueño. Una imagen que resulta cómica en el recuerdo, y que asocio con la escena de la película *Melancholia* de Lars Von Trier, en la que Justine, sumida también en un estado de cierta angustia, reordena de forma compulsiva la colección de libros de arte moderno de su hermana que están expuestos en varios estantes, reemplazando aquellos que muestran obras abstractas por clásicos del arte figurativo. Un impulso parecido al que yo tuve que saciar en medio de la noche.

Para mi ejercicio, establecí un sistema de trabajo muy sencillo: situé un punto de inicio del recorrido en una de las estanterías de la librería, desde el que me desplazé en el sentido de las agujas del reloj, libro por libro. En aquellos casos en los que consideraba que debía leer o re-

leer, procedía con ello para luego incluir el libro en la clasificación que iba construyendo paralelamente y disponiendo en el suelo. Cuando ya tenía un buen número de libros situados a modo de lista bajo un *post-it* con el nombre de la sección, no pude evitar pensar en la mítica fotografía de Malraux mientras construía su museo imaginario, en la que el autor aparece ante esa alfombra inmensa construida a base de libros. Esta imagen me conectaba a la vez con la concepción del coleccionista como fisonomista de los objetos del que hablaba Benjamin en su maravilloso texto *Desembalando mi biblioteca*. En ese ejercicio, hice desaparecer el cuerpo de libros como catálogo a la venta de la librería, para convertirlo en una colección.

Ya desde una etapa inicial de la clasificación pude corroborar algo que intuía desde el principio: el sentido arbitrario, y quizás absurdo, de ese ejercicio. Pues a medida que avanzaba en el recorrido, y en cuanto ya había establecido algunas secciones, era inevitable ir incluyendo los libros en las clasificaciones ya establecidas. Un hecho tan azaroso y relativo como el lugar de inicio del recorrido condicionaba los resultados, pues si hubiera decidido empezar por otra estantería, probablemente las secciones hubieran sido distintas.

El criterio que decidí para establecer las secciones fue el de centrarme en las narrativas de los libros, y el de usar, en la medida de lo posible, una nomenclatura alternativa a la utilizada habitualmente en el lenguaje del contexto de bibliotecas, librerías e incluso del arte contemporáneo. El resultado fue entonces un tanto dispar y esotérico, concretándose en 270 títulos organizados en 17 secciones: Espejos, Edición, Lexicología, Fenómenos paranormales, Diálogos, Construcción, Deconstrucción, Crónica de viaje, Clarividencia, Autobiografías, Alquimia, Versión, Traducción, Romanticismo, Memorabilia, Manuales y Listados.



Una vez finalicé el proceso de clasificación, dejando algunos libros fuera por falta de tiempo, fue el momento de decidir dónde ubicar las secciones con sus correspondientes libros. Las estanterías estaban aún ocupadas por las copias de los libros, y por tanto decidí usar el plano horizontal del espacio, el suelo, como lugar en el que ubicar la librería con secciones. Encontré un rollo de papel de embalar de color blanco con el que recorté 17 rectángulos, y el resto del papel lo usé para cubrir las estanterías y centrar el foco de atención en el contenido del suelo. A continuación dispuse los papeles a lo largo del perímetro del suelo de la librería, y fue entonces cuando encontré un accesorio que resultó fundamental para el dispositivo expositivo de esa nueva librería: cinta adhesiva para embalar de color blanco, con un «MUY FRÁGIL» de color rojo que se va repitiendo a lo largo de todo el rollo. Con él, rodeé cada uno de los rectángulos de papel para pegarlos al suelo. Al ubicar los libros en cada una de las secciones, estos se veían encerrados bajo un mensaje insistente que acabó resultando mucho más potente que el nombre de la sección, escrita con rotulador negro sobre el papel blanco. Sin duda alguna, esas secciones eran frágiles. Muy frágiles.

El domingo al mediodía abrí las puertas de la librería para recibir a los que se habían inscrito a la actividad, que consistía en una visita guiada por esa librería con secciones. Ese lector-cliente se convertía ahora en público, y se encontró con una nueva dimensión de la librería. Von Trier volvía a mi memoria con la escenografía que utilizó para Dogville.

Mantuve la librería con secciones durante una semana a fin de que el lector-cliente público pudiera hurgar en cada una de ellas. Más allá de la sorpresa que suponía la propuesta, se cumplió, en algunos casos, uno de los objetivos que me había planteado. El mecanismo del lector seguía siendo el de seleccionar el orden de la visita a las distintas secciones en función de la curiosidad que le provocaba cada una de ellas. Aun así, pudo acceder a libros a los que de otra forma no hubiera prestado atención. Por tanto, el cliente releía la librería y los libros contenidos en ella a través de una reformulación de sus accesos, y se dieron varias situaciones en las que alguno de ellos compró un libro que llevaba meses expuesto y en el que no se había fijado antes.



Tras esa semana, desmonté la librería con secciones, y el espacio volvió a su estado habitual. De nuevo, una librería sin rótulos.

Algunas personas calificaron la propuesta de performativa, y yo siempre me sentí incómoda con esa etiqueta, pues considero que fue leída como tal por estar inserta dentro de un proyecto, y realizada en un tiempo muy limitado que lo convertían en una especie de acción artística. Pero desde mi perspectiva, esa «acción» no tenía nada de representación. Se trataba más de un proceso de trabajo real, de una investigación, que acababa compartiendo con el público.

En definitiva, no se trata de que mi acción fuera performativa, sino del potencial de la librería como espacio para convertir el libro en objeto performativo.

Los libros son mucho más que contenedores de información. Son un medio que permite la conexión e interrelación, convirtiéndose a la vez en motores de producción emocional. La librería entendida como colección tiene la capacidad de ser un meta-libro con elementos intertextuales ilimitados, que la convierten en objeto de deseo con el que experimentar desde esta perspectiva.

Siempre he pensado que sería imposible que mi librería hubiera sido sólo un lugar en el que se venden libros. Y eso es debido por una parte al potencial del material con el que trabajo –las publicaciones de artista– y el contexto en el que éste se genera, y por otra parte, y como consecuencia, al hecho que siempre la he considerado como un espacio que activar a través de actividades que van desde la presentación de un libro, a la intervención de un artista, pasando por una intercalación como la realizada por mí misma con este proyecto. Una librería puede ser, sin duda, un espacio de naturaleza dinámica, como lo es el pensamiento.

Tras llevar a cabo ese proyecto, corroboré mi interés por un sistema de clasificación que se mueve en el terreno de la fragilidad. Por arbitrario, relativo y cambiante. Una fragilidad que es a la vez tan sólida en su potencial como productora de subjetividad. A partir de una misma colección de libros se pueden generar múltiples y quizás infinitas librerías con secciones. Más si invitara a otras personas para su clasificación.

Pero esta posibilidad, que resulta fascinante, sería desde mi punto de vista insuficiente si se quedara sólo en el plano de la fantasía. Más allá del proyecto puntual, ¿cómo introducir el valor de este ejercicio en mi proceso de trabajo diario? ¿Qué se puede producir a partir de él?

La respuesta viene dada por la convicción de que la acción de clasificar ya no me resulta absurda. Volviendo de nuevo a *Perec*, me convengo de que más allá de sus connotaciones pragmáticas e incluso estéticas, la clasificación puede ser, sobre todo, una excusa para articular el pensamiento, tan necesaria como lo es la escritura. Una forma de leer y cuestionar un catálogo de libros, y que puede muy bien, y de distintas formas, expandirse a la gestión diaria de una librería.